

Implicancias epistemológicas y reflexiones metodológicas en torno a la construcción de un archivo afectivo

Lucas Saporosi*

Fecha de recepción: 13/07/2017

Fecha de aceptación: 12/10/2017

Resumen

El trabajo analiza las posibilidades teórico-metodológicas de construcción de un archivo afectivo a partir de los aportes de la teoría *queer* y de la corriente contemporánea del giro afectivo. Se propone reconstruir una discusión, atendiendo a las contribuciones de Sara Ahmed (2015) y Ann Cvetkovich (2003), para quienes la construcción de esta forma de archivo admite puntos de entrada novedosos a ciertas exploraciones contemporáneas sobre procesos de memoria y experiencias de violencia desplazadas de la esfera pública y de relatos hegemónicos. Para hacerlo, las autoras se proponen deconstruir el lugar de los afectos en las experiencias sociales actuales, atendiendo a sus efectos de circulación en diferentes escenas del espacio social. También se revela necesario para la reconstrucción de esta discusión un desvío estratégico por las lecturas de Jacques Derrida (1997) y Arlette Farge (1989) en torno a las condiciones éticas, políticas e institucionales del archivo.

Palabras clave: Archivo, Afectos, Memoria

Abstract

The article analyzes the theoretical and methodological possibilities of the construction of an affective archive, considering the contributions of *queer* theory and the affective turn perspective. It is intended to reconstruct a relevant

* Lucas Saporosi. Candidato a Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA). Universidad Nacional de La Plata (UNLP). Investigador Foncyt. Dirección electrónica: lucas.saporosi@gmail.com.

discussion between Sara Ahmed (2015) and Ann Cvetkovich (2003), to whom the constitution of this form of archive admits novel entry points for contemporary explorations on memory processes and violence experiences displaced from the public sphere and hegemonic narratives. To do so, the authors propose a deconstruction of the role of affects in social experiences, attending to its circulation effects on the different scenes of the social world. As well, it reveals necessary to analyze the contributions of Jacques Derrida (1997) and Arlette Farge (1998) around the ethical, political and institutional conditions of the archive

Keywords: Archive, Affects, Memory

1. Introducción: experiencia, cuerpo y archivo

Carolyn Steedman, al recuperar la expresión de Jules Michelet – “[...] *estos papeles y pergaminos, abandonados por tanto tiempo, deseosos de nada más que de ser restaurados a luz del día... Mientras inhalé su polvo, los contemplé aparecer*”¹ - sugiere, al menos, dos cuestiones centrales en torno a un archivo: la primera da cuenta del carácter experiencial de la práctica archivística; la segunda, la ineludible marca corporal que atraviesa al/la historiador/a en un archivo. La autora de *Dust. The Archive and Cultural History* se dedica a reflexionar sobre la operación de escritura de la historia y su vínculo con la conformación de los archivos, atendiendo al modo en que la misma práctica se ve afectada, entre otros aspectos, por las condiciones materiales de las fuentes con las que trabaja. Así, Steedman no deslinda de esta actividad las implicancias corporales y patológicas que implica acercarse a papeles derruidos, documentos polvorientos y ambientes húmedos y sombríos. Atravesada por estas mismas preocupaciones, la autora presta detenida atención al modo en que Michelet analizó, por ejemplo, los efectos del polvo en ciertas actividades laborales y oficios de sectores populares y medios de la población francesa de principios del siglo XIX.

La sensación de inhalar el polvo de los archivos –“*del papel y de los pergaminos*”- según Steedman explicita una forma de abordarlos y de someterlos a un modo particular de interpretación que combina, a la vez, operaciones racionales, corporales y afectivas.

¹ “[...] these papers and parchments, so long deserted, desired no better than to be restored to the light of day... [A]s I breathed in their dust, I saw them rise up”. Carolyn Steedman, *Dust. The Archive and Cultural History*. New Jersey, Rutgers, 2002, p. 13. (traducción propia)

Siguiendo esta argumentación, la autora repone la mirada de Roland Barthes sobre las densas descripciones que Michelet desarrolló en torno a sus constantes migrañas y dolores de cabeza. Según Barthes, estos relatos evidencian una modalidad singular de “in-corporación” de la historia. En la primera sección del texto *Michelet*² (2004), conocida como “Michelet, devorador de Historia”³, Barthes sugiere que el historiador francés efectivamente lleva adelante un proceso de “in-corporación” del archivo que, básicamente, implica un “comer la historia” y en donde la actividad digestiva se convierte en un vehículo de interpretación y ordenamiento del material de estudio. Afirma el autor: “Michelet absorbió la historia como alimento, pero, a cambio, abandonó su vida en ella: no sólo su trabajo y su salud pero también su muerte”⁴

En un plano diferente de análisis, la reflexión de Ann Cvetkovich en torno a la cuestión de los cuerpos y de las sensaciones en los archivos permite recuperar las descripciones que Marx realizó en ciertos pasajes del *Capital* sobre las experiencias de dolor, cansancio y explotación de los obreros industriales de la Inglaterra del siglo XIX. Si bien no alude específicamente a la vivencia corporal de Marx en su trabajo, el caso es pertinente puesto que le permite a la autora situar el foco en un tipo de práctica hermenéutica del/en el archivo, capaz de reponer una consideración singular sobre el *Capital*: esta es aquella que refiere a su carácter de archivo de experiencias de la violencia del capitalismo. Afirma:

*En el Capital, Marx mostró no sólo el desarrollo de una teoría del plusvalor capaz de explicar de dónde proviene la explotación sino también la documentación de la naturaleza del trabajo. Describe los efectos de la extensa jornada de trabajo, los estrechos e inhumanos espacios laborales, y la monotonía de la producción en masa mecanizada, en términos gráficos*⁵.

Así, la detallada documentación y las densas descripciones de Marx proponen no sólo atender al modo en que la extracción de plusvalía reproduce la lógica de acumulación capitalista, sino también considerarlas como elementos singulares para pensar el capitalismo como una experiencia sintiente y sensible.

² Roland Barthes, *Michelet par lui-meme*, FCE, Colección Brevarios [1953] (2004)

³ “Michelet Mangeur d'Histoire”

⁴ “Michelet took in History as nourishment, but, in return, he abandoned his life to it: not only his work and his health but even his death.” *Ibíd*, p. 14 (traducción propia)

⁵ “In *Capital*, Marx sets out not only to develop a theory of surplus value that can explain where exploitation comes from but to document the nature of labor. He describes the effects of the long working day, cramped and inhumane workplaces, and the monotony of mechanized mass production in graphic terms.” Ann Cvetkovich, *An Archive of Feelings: Trauma, Sexuality, and Lesbian Public Cultures*, Duke University Press Books, Durham, 2003, p. 39 (traducción propia)

Los pasajes de Marx recuperados por Cvetkovich, al igual que la lectura de Steedman sobre las vivencias de Michelet, ponen en evidencia, por un lado, una práctica eminentemente experiencial y corporal de la tarea del/la archivista y, por el otro, una operación singular de/en los archivos por registrar, documentar y visibilizar ciertas experiencias afectivas y corporales, muchas de ellas relegadas o desplazadas de las grandes narrativas históricas.

A partir de estas reflexiones, el presente trabajo busca analizar las posibilidades epistemológicas y metodológicas de construcción de un “archivo afectivo”, atendiendo a revitalizar las dimensiones de la experiencia, de la corporalidad y de los afectos como partes ineludibles de la práctica archivística. Se propone reconstruir una discusión, atendiendo a las contribuciones de Sara Ahmed y Ann Cvetkovich, para quienes la construcción de esta forma de archivo admite puntos de entrada novedosos a ciertas exploraciones contemporáneas sobre procesos de memoria y experiencias de violencia desplazadas de la esfera pública y de relatos hegemónicos. Para hacerlo, las autoras se proponen deconstruir el lugar de los afectos en las experiencias sociales actuales, atendiendo a sus efectos de circulación en diferentes escenas del espacio social. También, se revela necesario para la reconstrucción de esta discusión un desvío estratégico por las lecturas de Jacques Derrida y Arlette Farge en torno a las condiciones éticas, políticas e institucionales del archivo⁶.

2. El archivo y la memoria. *Arkhé*, marca corporal y seducción

La problemática de la construcción de un archivo puede ser abordada desde una vasta literatura y, dada su centralidad historiográfica, los puntos de entrada son múltiples y, en algún punto, inabarcables en el contexto del presente trabajo. Dentro de estas consideraciones, el despliegue y constitución de los archivos, en términos generales, están condicionados por una variedad de dimensiones que abarcan desde factores políticos e institucionales hasta

⁶ Resulta pertinente aclarar que la noción de “archivo afectivo” es analizada, en el presente trabajo, atendiendo a sus dimensiones epistemológicas y metodológicas. Con esto, no se pretende eludir el plano analítico de sus posibles usos, sino que se intenta plantear una serie de discusiones relevantes para establecer ciertas coordenadas generales en torno a su pertinencia sociológica e historiográfica. En esta aclaración, me permito comentar que en el marco del trabajo de mi investigación la conformación del archivo afectivo está orientada a explorar las experiencias de memoria desarrolladas por la generación de hijos e hijas de militantes detenidos/as-desaparecidos/as durante los años setenta en la Argentina. Las inquietudes y los objetivos allí analizados son los que han motivado la construcción de este tipo de archivo y el recorrido epistemológico-metodológico que aquí se detalla.

dilemas sociales y culturales, en tanto exhiben y explicitan las condiciones de aparición y emergencia de determinados enunciados que circulan sobre la esfera público-privada.

Los archivos tienen una incidencia inexpugnable en la construcción de los “regímenes de memoria”, utilizando el concepto de Emilio Crenzel, en el sentido de que contribuyen a evidenciar la superposición de sentidos que intervienen en los procesos de rememoración públicos y políticos, y, a la vez, posibilitan comprender cómo éstos “*se convierten en objetos privilegiados de las luchas por dotar de sentido el pasado, y moldean, e incluso, delimitan las interpretaciones divergentes*”⁷

El autor recupera este concepto de las proposiciones de Michel Foucault⁸ en torno a los “regímenes de verdad”. Esta lectura permite pensar el concepto de archivo como un espacio marcado por las disputas de sentido y poder, cuya regencia no se limita al conjunto de documentos que lo componen ni a las autoridades e instituciones que los conservan. La propuesta se orienta a pensar un archivo como parte y, a la vez, vector del conjunto de enunciados pertenecientes a los marcos de decibilidad de una época; de modo que sus formas de construcción y de aparición se ven afectadas por las pugnas de lo que efectivamente “puede ser dicho” o “puede ser considerado memoria”. Eduardo Castro, en su diccionario sobre Foucault, afirma: “*El archivo es ante todo la ley de lo que puede ser dicho, el sistema que rige la aparición de los enunciados como acontecimientos singulares. El archivo es, en otras palabras, el sistema de las condiciones históricas de posibilidad de los enunciados*”.⁹

Asumimos esta preocupación como nuestro punto de entrada al archivo: una aproximación a través de un umbral que considera la conformación de los archivos signada por las disputas de sentido cuyos efectos delimitan los marcos sociales y regímenes de memoria de las sociedades y, a la vez, intervienen con fuerte presencia en las prácticas y modos discursivos de diferentes actores e instituciones sociales.

Derrida y el Mal de Archivo. La función arcóntica y el poder de consignación

La reflexión propuesta por Michel Foucault nos posiciona ante una encrucijada: los archivos pretenden ser exhaustivos y aspiran a la completud, pero, habida cuenta de su adscripción a las marcas y efectos de las disputas de poder por imponer ciertos sentidos como válidos y legítimos, esa misma aspiración se ve

⁷ Emilio Crenzel, *La Historia política del Nunca Más*, Bs As, Siglo XXI, 2014, p. 25.

⁸ Michel Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, México D.F., Gedisa, 1986.

⁹ Eduardo Castro, *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmes, 2004.

obturada. Esta tensión puede plantearse en otros términos recuperando los aportes de Jacques Derrida en *Mal de Archivo*.

Sus tesis parten de un análisis de la palabra *Arkhé*, cuyo significado histórico remite a las proposiciones de “comienzo” y “mandato”. El archivo, desde esta tradición, conjuga el ámbito “*donde las cosas comienzan*” y “*donde los hombres mandan*”¹⁰. El espacio del archivo es el *Arkheión*, domicilio de los magistrados superiores, los *Arcontes*, que cumplen una doble función: resguardar el *Arkheión* e interpretarlo; protección y competencias hermenéuticas, poder e interpretación. Este desvío por el uso del concepto en la Grecia Antigua le permite a Derrida conceptualizar la operación “arcóntica” que todo archivo realiza en su constitución y, en un sentido similar a Foucault, asumir que éste (el archivo) no puede desligarse de las relaciones históricas y políticas que subyacen a su conformación y funcionamiento.

Siguiendo esta línea, el autor sugiere que esta función arcóntica del archivo no remite únicamente a su carácter “topo-nomológico”, es decir a sus condiciones espaciales y nominales. Dice el autor: “*No sólo requiere que el archivo esté depositado en algún sitio, sobre un soporte estable y a disposición de una autoridad hermenéutica legítima. Es preciso que el poder arcóntico, que asimismo reúne las funciones de unificación, de identificación y de clasificación, vaya de la mano con lo que llamaremos el poder de consignación.*”¹¹

La intención de “consignar” supone el poder de reunir signos, a través de la coordinación y articulación de sistemas y configuraciones ideales, donde los archivos se presentan legitimados y legitimadores, a la vez que instituyentes e institucionalizados. Es precisamente de este modo cómo la función arcóntica adquiere un carácter articulado e inteligible. Así, las operaciones hermenéuticas sobre los documentos se instituyen en interpretaciones legítimas y trascienden el mero espacio domiciliario (del *Arkheión*) para incidir sobre otras esferas, conformando los límites y sus posibilidades de incidencia pública.

Según Derrida, esta doble cuestión del archivo no puede realizarse sin una instancia de violencia propia y específica, supeditada a esta misma operación. Al instituir un archivo, se instituye también un postulado hermenéutico sobre el mundo, un modo de nombrar, o en términos del autor, un modo instituyente de la ley. Por ello: “*Todo archivo es a la vez instituyente y conservador. Revolucionario y tradicional. Archivo eco-nómico en este doble sentido: guarda, pone en reserva, ahorra, pero de un modo no natural, es decir, haciendo la ley*

¹⁰ Jacques Derrida, *Mal de archivo*, Madrid, Editorial Trotta, 1997, p. 9.

¹¹ *Ibíd.*, p.6

(*nómos*) o haciendo respetar la ley. Tiene fuerza de ley, de una ley que es la de la casa (*oikos*), de la casa como lugar, como domicilio, familia, linaje o institución.¹²

La reflexión del autor permite pensar en una forma de archivo cuya estructura determina la configuración misma del contenido “archivable”, asumiendo una articulación primordial entre el modo de archivación y aquello que se archiva. Así, la práctica misma del archivo es performativa sobre sus documentos y fuentes, y éstos, a la vez, condicionantes de la operativa en cuestión.

Estos aportes metodológicos sugieren que los acontecimientos están definidos, de un modo u otro, por la misma actividad instituyente de construcción archivística. Así lo refiere Derrida: “*La archivación produce, tanto como registra, el acontecimiento.*”¹³

La marca corporal como documento

En su desarrollo teórico, Derrida argumenta sus postulados a partir de dos exergos: el uso de la imprenta y la marca de la circuncisión. Particularmente, esta última citación permite elaborar una estrategia archivística que, a los fines del presente trabajo, resulta relevante. Los extensos y detallados pasajes referidos al psicoanálisis y a las lecturas de Freud y Yerushalmi, obedecen a una forma analítica que pretende inscribir a la teoría psicoanalítica como una teoría general del archivo. Aquí no se pretende desarrollar ese recorrido argumentativo, pero sí se intenta reponer una cuestión central de aquella: la asunción de que una marca corporal (la circuncisión) puede contribuir a la conformación de una forma de documento, subsidiaria de las consideraciones precedentes.

Esta afirmación abre un campo novedoso a la hora de pensar los contenidos de un archivo y su inscripción temporal. Asimismo, permite incorporar a las escenas archivísticas elementos, documentos y fuentes ontológicamente diferentes y demarcadas según duraciones disímiles. La cita admite el acto de la circuncisión como un acontecimiento singular que, dada la marca sobre el cuerpo y su impresión en el individuo, puede constituirse como un documento: “*Este monumento tan singular es asimismo el documento de un archivo. Deja la huella de una incisión en plena piel: más de una piel, a más de una edad.*”¹⁴

El autor sugiere que este acto, en apariencia, de “inscripción privada”, en realidad pertenece al dominio público, en el sentido de que opera como una

¹² *Ibíd.*, p.9

¹³ *Ibíd.*, p. 24

¹⁴ *Ibíd.*, p. 25

forma de re-unión y ligazón “con otros y en otras edades”, signados por el mismo acontecimiento.

Bajo este exergo, Derrida asume la posibilidad de construir un archivo a partir de marcas documentales que pueden ser corporales y/o epidérmicas, generadas a partir de actos y acontecimientos en diferentes temporalidades. Esas marcas pueden ser leídas en términos arqueológicos o “geológicos” y articuladas con otras marcas, producidas bajo el mismo patrón, pero en momentos históricos distanciados. En otras palabras, según estas consideraciones, puede construirse una escena de archivo a partir de series temporalmente híbridas y marcas corporales asumidas como documentos. Así, un archivo supone la coexistencia y conservación de “infinitud de capas”, de *“estratos superpuestos, sobreimpresos (y) envueltos los unos en los otros”*¹⁵

Esta escena propicia, además, una valoración singular por la interpelación hacia esos pasados que reconfigura. Los “espectros”, evocación ineludible en la teoría derrideana, asumen aquí un carácter de contemporaneidad en el archivo y una interpelación dirigida a quienes los investigan. No son meras producciones historiográficas, sino que son partes constitutivas y decididamente activas de las hermenéuticas que emergen. Esos discursos y prácticas, esas marcas corporales del pasado también “inquietan” al archivo y lo cuestionan.

En este sentido, puede comprenderse la operación de estos “espectros” como “actos de ver”, según la conceptualización de Didi-Huberman. Esta articulación conceptual permite pensar que las construcciones de sentido sobre los vestigios, fuentes, documentos o marcas del pasado, están necesariamente afectadas por las interpelaciones que éstos le inscriben a la mirada de los/as investigadores/as y/o archivistas. Éstos también observan e interpelan, y promueven *“la apertura a otra visión, a un vacío que nos mira, que nos concierne y nos constituye”*¹⁶. Aquello que se mira no es nunca completamente apropiado en su totalidad material ni tampoco en su totalidad ontológica; el documento, más allá de su visibilidad evidente, acecha desde su pérdida. Lo que se ve es una obra de ausencia, *“un pobre andrajo”*¹⁷, una visibilidad inadecuada; y ese vestigio, poblado por la constante amenaza de ausencia, es también “lo que nos mira”.

Un archivo, al instituirse como tal, se pretende “infinito”; debe hacerlo por su propia naturaleza de conservación. A esa pulsión, Derrida la denomina

¹⁵ *Ibíd.*, p. 27

¹⁶ Georges Didi-Huberman, *Lo que Vemos. Lo Que Nos Mira*. Buenos Aires, Manantial, 1997, p. 15.

¹⁷ Georges Didi-Huberman, *Cuando las imágenes toman posición*. Madrid: A. Machado Libros, 2008.

“pulsión de archivo”. Ocurre que esa pulsión arrastra “la lógica de la finitud y de los simples límites fácticos (...), se podría decir, las condiciones espacio temporales de la conservación”¹⁸, o bien, la implicancia de que no todo puede ser conservado ni archivado, habida cuenta de la ya mencionada tensión arcóntica-consignación. La aspiración compulsiva hacia “archivarlo todo” choca con los límites fácticos (físicos, históricos, institucionales y culturales) de los archivos y constituye aquello que el autor denomina “mal de archivo”. El espíritu arcóntico incorpora aquello mismo que lo amenaza, la pulsión de destrucción que, para el autor, es constitutiva de su conservación. El archivo se conserva redefiniendo sus límites constantemente y poniendo en ejercicio una instancia pasional, “un arder en pasión”, que propicia una permanente búsqueda de documentos “allí mismo donde se nos hurta”.¹⁹

Por ello, según Derrida, la constitución del archivo, en tanto conservación y operatoria hermenéutica, implica necesariamente un deseo de extender sus zonas de incorporación (pulsión de destrucción) y, al mismo tiempo, requiere de la constricción de ese despliegue para conformarse como tal, atendiendo a sus límites finitos y socio-históricamente situados.

Arlette Farge y la seducción del archivo

Existe una zona de contacto entre Jacques Derrida y la historiadora francesa Arlette Farge, que permite ubicar una posible articulación metodológica y epistemológica en torno al archivo y que refiere al carácter sensible y performativo que éste admite en torno a sus documentos. Arlette Farge estudió los archivos policiales y judiciales de París durante el siglo XVIII, atendiendo a las vidas de “desconocidos”, de hombres y mujeres comunes, cuyas experiencias y voces dieron (y aún, dan) visibilidad a todo un registro de prácticas cotidianas y vínculos con la ley, desplazadas de los grandes relatos historiográficos.

Su enfoque apunta a encontrar una modalidad sensible en el proceso de construcción de un archivo, asumiendo que sus elementos son piezas vitales de la historia y la actividad del archivista, una operación activa y singular de producción e interpretación histórica.

La tensión derrideana, sugerida como “mal de archivo”, encuentra una interesante articulación con el enfoque sensible de la vitalidad archivística en Farge. Las piezas y documentos que conforman un archivo se presentan como “registros vivos” de la historia, lo que implica, al igual que Derrida, que su definición está en permanente desplazamiento, y el objetivo específico de

¹⁸ Jacques Derrida, *Mal de archivo*, Madrid, Editorial Trotta, 1997, p. 25.

¹⁹ *Ibíd.*, p. 99

conservar entra en disputa con la pulsión de desdibujar los límites de su zona de cobertura. Farge sostiene, casi como una consigna: “En el archivo aparece lo vivo”²⁰, y por esta razón, la versatilidad metodológica del/a investigador/a apunta a considerar este archivo “menos como una constatación de un acontecimiento, que como una intención de producir otro en el curso de la historia.”²¹

Arlette Farge destaca el registro háptico del trabajo sobre el archivo y comprende su despliegue de documentos como una forma de “tocar lo real”. Esta actitud sensible implica un involucramiento corporal con “esas existencias desconocidas, accidentadas y plenas, que mezclan, para embrollar mejor, lo próximo (tan cercano) y lo lejano, lo difunto.”²² Una aproximación táctil, comprendiendo esta operatoria como un modo de conocimiento y una forma de construir acontecimientos sobre la historia, implica “dejarse seducir con la huella encontrada”, o bien, “dejarse arrastrar por el gesto en el flujo irregular de las frases, en la elocución entrecortada de las preguntas y las respuestas, en la anarquía de las palabras. Dejarse arrastrar, pero también dejarse extraviar, entre la familiaridad y la extrañeza.”²³

En este sentido, sus fuentes y su materia solicitan necesariamente “la afectividad y la inteligencia”²⁴ en la constitución del archivo. Si Derrida incorporó la documentación corporal como una forma de registro, Farge promueve la intensidad afectiva (incluso, sin desplazar a la razón) a la hora de moverse dentro de un archivo. Asumiendo esta condición vibrante como parte del proceso, las conexiones que el/la archivista genera en el campo de trabajo pueden ser diversas e impensadas con sus documentos. Así, pueden emerger voces soterradas o prácticas cotidianas, tal vez imperceptibles a los ojos de los archivos generales o hegemónicos.

Los aportes de Farge incorporan las emociones al trabajo de archivo, sin desligarlas de las implicancias racionales y/o tradicionales que esta tarea implica. Esas emociones emergen del contacto que los/as investigadores/as solicitan con sus documentos y suscitan una interesante reflexión en torno al carácter de verdad que aparece en un archivo así concebido. Según la autora, existe una “posición ambigua” de la que necesariamente debe tomarse nota a la hora de abordar los materiales.

²⁰ Arlette Farge, *La seducción del archivo*. Valencia, Editorial Institutio Alfons El Magnanim, 1989, p.12.

²¹ Irina Garbatzky, “El archivo como productor: el lugar del uso en El Deseo nace del derrumbe de Roberto Jacoby”, *Anos 90*, v. 21, n°40, p. 311-331, 2014.

²² Arlette Farge, *La seducción del archivo*. Valencia, Editorial Institutio Alfons El Magnanim, 1989, p.12

²³ *Ibid.*, p. 17

²⁴ *Ibid.*, p. 17

Afirma Farge:

“De entrada, el archivo juega con la verdad, así como con lo real; también impresiona por esa posición ambigua en la cual, al desvelar un drama, se alzan actores atrapados cuyas palabras transcritas seguramente contienen más intensidad que verdad. La evasiva, la confesión, la obstinación y la desesperación se mezclan sin separarse y sin que, por ello, podamos preservarnos de la intensidad que ese estallido de vida provoca. Ese estremecimiento del archivo, tan portador de realidad a pesar de sus posibles mentiras, suscita la reflexión.”²⁵

Esa reflexión alude a cómo conjugar un procedimiento de verdad a partir de la incorporación de las intensidades y afectividades que propone un archivo de este tipo y su vínculo con la institucionalidad del mismo (o, en términos derrideanos, “lo arcóntico”). El valor metodológico de esta discusión radica en una reflexión relativa al modo de acceso a una “verdad” a través de los afectos que se desplazan por los mismos documentos.

Para ello, propone una consigna general de lectura que implica “no sólo leer los documentos desde su condición de fiabilidad, sino atender a las emociones, a aquello que no puede verificarse.”²⁶ Esto sugiere que lo efectivamente importante en la construcción de un archivo no tiene tanto que ver con los hechos fácticos sino con la forma en que circulan las narraciones y las interpretaciones sobre los acontecimientos, atendiendo a las relaciones de poder y a los modos de actualizar verbal y afectivamente esos hechos.

Farge, siguiendo a Foucault, sugiere que la pregunta relevante debe atender no tanto a si el archivo *dice* la verdad, sino al modo en que éste *habla* de la verdad. Por ello, las emociones y narrativas afectivas que aparecen en la operación archivística pueden asumirse como “instantes de verdad”, utilizando el concepto de Didi-Huberman, que, por su aparición en un tiempo histórico determinado, producen determinados sentidos sociales.

3. La construcción de un archivo afectivo. Una reflexión posible a partir de Ann Cvetkovich y Sara Ahmed

La perspectiva planteada por Derrida y Farge en torno a las implicancias corporales, afectivas y experienciales de la operatoria archivística permite demarcar el rumbo metodológico para la construcción de un “archivo afectivo”.

²⁵ *Ibíd.*, p. 25-26

²⁶ *Ibíd.*, p. 26

Ya el mismo Derrida sugería que la conformación de un archivo podía pensarse como un “*acto de amor*”²⁷, particularmente en un sentido reparatorio o restituyente para quien conformaba un archivo y para quienes de aquella operación se volvían inteligibles. Los postulados de Farge también se orientaban en una dirección sensible y emotiva de la operación, en el sentido de que recuperaban y “*arranca[ban] de la oscuridad, largas listas de seres jadeantes y desarticulados*”²⁸, a fin de visibilizarlos sobre la historia como sujetos efectiva y “públicamente” activos.

Así, este recorrido encuentra una articulación evidente con los desarrollos teóricos de autoras como Ann Cvetkovich y Sara Ahmed. Sus contribuciones se enmarcan dentro de la vertiente *queer* de la tendencia transdisciplinaria del giro afectivo y apuntan a incorporar herramientas novedosas a los fines de construir un “archivo afectivo”.

Cvetkovich proviene del campo de estudios de género en la academia norteamericana, y sus trabajos se han orientado a reflexionar sobre los vínculos entre la cuestión del trauma y la memoria cultural en Estados Unidos desde una perspectiva *queer*, asumiendo la dimensión afectiva como central en la construcción de identidades de minorías y subculturas contemporáneas. Sus aportes han expuesto una problematización sobre los rastros de experiencias e intervenciones culturales *queer*, sobre las esferas públicas en la actualidad, considerando sus modos de conservación y reapropiación historiográfica. Así, su trabajo ha evocado la reflexión sobre modalidades “poco ortodoxas” de archivos que han repuesto, sobre distintos soportes, experiencias efímeras, performances artísticas y producciones estéticas, ciertamente poco propicias para ser documentadas y resguardadas.

Sobre esta concepción amplia, la autora ha propuesto la construcción de un “archivo de sentimientos”, cuya operación primordial ha sido la de otorgar un marco de inteligibilidad a historias, vidas y narrativas *queer* que han sobrevivido a través de memorias fragmentadas, soportes inmateriales o vestigios efímeros en los recuerdos de estas comunidades.

Siguiendo su análisis, su método de construcción admite: “[...] una exploración de textos culturales como depósitos de sentimientos y emociones que son

²⁷ Jacques Derrida, *Mal de archivo*, Madrid, Editorial Trotta, 1997, p. 27

²⁸ Arlette Farge, *La seducción del archivo*. Valencia, Editorial Institutio Alfons El Magnanim, 1989, p.27.

*codificados según, no sólo el contenido de los textos mismos, sino también de las prácticas que giran alrededor de su producción y recepción.*²⁹

Su punto de entrada está asociado a la categoría de trauma, a partir de la cual se orienta a problematizar una variedad de formas afectivas de estas culturas. Dada la centralidad de esta categoría, su archivo de sentimiento se ve “desafiado” por la imposibilidad de representar ese trauma y por la dificultad de comprender los rastros visibles y públicos de estos procesos culturales de rememoración. La autora asume la presión que ejerce el trauma sobre las formas convencionales de documentación y conservación de materiales, y la convierte en una estrategia para incorporar al archivo modalidades inusuales de expresión como testimonios, rituales, intervenciones, memorias personales, etnografías experimentales o “*todo aquello que haya sido testificado públicamente*”³⁰, aún sin haber dejado marcas materiales sobre soportes tangibles.

Un “archivo de sentimientos”, según esta perspectiva, interroga el concepto de lo público y revisa su constitución en torno a qué vidas y qué prácticas son efectivamente dignas de archivarse e institucionalizarse en un proceso de conservación público. Según la autora, el trauma funciona como cimiento de las estructuras afectivas de los grupos y de las culturas contemporáneas y occidentales, en el sentido de que produce una marca normativa sobre las identidades y define los límites de su acceso a la ciudadanía. En otras palabras, un archivo de este tipo opera otorgando inteligibilidad a las diferentes formas y estrategias de supervivencia que desarrollan y han desarrollado grupos desplazados, minoritarios o violentados de la esfera pública.

En esta línea, Judith Halberstram utiliza la idea de “archivo de sentimientos” de Ann Cvetkovich para pensar la conformación de su archivo “Brandon”³¹, en tanto construcción metodológica capaz de hacer surgir sentidos “no considerados” en las diferentes narrativas y experiencias de las comunidades. Halberstram sugiere que este tipo de archivos pueden pensarse como “contra-archivos” en el sentido de que recuperan las emociones y los traumas de las experiencias *queer* y los sitúan en un marco de inteligibilidad capaz de hacer aparecer los fragmentos de sus memorias obturadas sobre la

²⁹ Ann Cvetkovich, *An Archive of Feelings: Trauma, Sexuality, and Lesbian Public Cultures*, Duke University Press Books, Durham, 2003, p. 7 (traducción propia).

³⁰ *Ibíd.*

³¹ En memoria de Brandon Teena, asesinada en Nebraska en 1993. Judith Halberstram, *In queer time and Place. Transgender Bodies, Subcultural Lives*, New York: New York University Press.

esfera pública. Al hacerlo, pueden “*ser explicados ciertos elementos de sus idiosincrasias o, lo que se podría llamar, “lo queer.”*”³²

Por su parte, Sara Ahmed recupera críticamente la noción de “archivo de sentimientos” de Ann Cvetkovich, sobre la que configura una interesante revisión metodológica. La discusión se repone a partir de diferentes concepciones en torno al abordaje de los afectos en los procesos de rememoración. La particularidad del archivo de Cvetkovich, sugiere Ahmed, promueve una forma de comprender los documentos asociados a la capacidad y posibilidad de albergar sentimientos y emociones, como si aquellos pudiesen convertirse en depósitos afectivos y en propiedad de los materiales documentales. Ahmed revisa esta manera que tienen los afectos de “estar en” el archivo, exponiendo el peligro metodológico de anclar la dimensión afectiva al documento mismo, construyendo una correspondencia naturalizada, disponible para ser recolectada por el/la investigador/a.

En este sentido, la preocupación metodológica de Ahmed apunta a reflexionar cómo la dimensión afectiva es utilizada y apropiada por los sujetos sociales, y cómo sus sentidos circulan y se entranan en las diferentes esferas de lo público.

Ahmed se propone explorar, no las emociones o los afectos propiamente dichos, sino las “economías afectivas”, es decir, atender a cómo las emociones y los afectos registran una acumulación de valor que no reside en los objetos sino que son el efecto de su circulación y contacto. El análisis de las economías afectivas le permite focalizarse en los modos y condiciones de producción de los afectos/emociones, en las apropiaciones y marcas que éstos producen, en los circuitos de distribución y en las situaciones y contextos sociales de recepción. Según esta perspectiva, las emociones se asumen como una forma de política cultural, con incidencia en las discursividades, imágenes e identificaciones sociales, y que “*crean el efecto mismo de las superficies y de los límites que moldean nuestras subjetividades.*”³³

Por ello, los afectos no se encuentran disponibles en los materiales ni pueden ser “depositados” sobre las fuentes; por el contrario, según la autora, es tarea del archivista construir esa correspondencia, atendiendo al modo en que “*éstos circulan y generan efectos a partir de las palabras y las prácticas que nombran y aluden a sentimientos.*”³⁴ Los afectos y emociones construyen superficies, límites y modos de legibilidad sobre el archivo, en lugar de ser propiedad y depósito

³² Ann Cvetkovich, *An Archive of Feelings: Trauma, Sexuality, and Lesbian Public Cultures*, Duke University Press Books, Durham, 2003, p. 242 (traducción propia).

³³ Sara Ahmed, *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2015, p. 34.

³⁴ *Ibíd.*, p.19

de sus documentos. Esta revisión habilita un modelo de archivo diferente, orientado a su comprensión como una “zona de contacto”.³⁵ Afirma la autora:

“Un archivo es efecto de múltiples formas de contacto, incluyendo las institucionales (con bibliotecas, libros, sitios de internet), así como formas cotidianas de contacto (con amigos, familias, otros). Algunas formas de contacto se presentan y autorizan a través de la escritura (y están enlistadas en las referencias), mientras que otras formas de contacto no van a estar, serán borradas, aunque puedan dejar la huella.”³⁶

Del contacto emergen los sentimientos, y no viceversa. Así, este archivo se constituye a partir del encuentro afectivo con otros/as y en temporalidades y espacialidades diversas y anacrónicas, desplegadas en los rincones de la historia. En sintonía con Arlette Farge, para quien “el archivo hace aparecer escenas de la historia y a partir de ellas, reflexiona”³⁷, estas zonas de contacto posibilitan la construcción de historias y experiencias afectivas que permiten ser recuperadas, reconstruidas o rearticuladas a través de operaciones hermenéuticas singulares.

Estos archivos se transitan, se habitan y se experimentan en sus múltiples dimensiones. Sus espacios desbordan las típicas imágenes de las salas de un archivo nacional o los poblados repositorios de legajos; un archivo, desde esta perspectiva, puede constituirse, por ejemplo, a partir de un paisaje urbano o en un espacio comunitario, signado por las marcas de esa comunidad. Sus documentos no son solo materiales tangibles, sino también rastros, marcas, vestigios y/o voces que recuperen experiencias pasadas, intervenciones y performances espontáneas, pasajeras y efímeras. En esta línea, esta forma de archivo puede ser comprendida también, como un “territorio de memoria”, según los aportes de Ludmila Da Silva Catela³⁸.

La autora se distancia, al menos parcialmente, del concepto de “lugar de memoria” utilizado por Pierre Nora³⁹, quien asume esta noción desde una perspectiva relativamente estática y desde una concepción estrictamente histórica. En efecto, según Nora, el “lugar de memoria” remite a su historia como espacio significativo para una sociedad, dada su relevancia en algún hecho del pasado que debe ser resguardado para restituir la memoria de los

³⁵ *Ibíd.*, p 20

³⁶ *Ibíd.*

³⁷ Arlette Farge, *La seducción del archivo*. Valencia, Editorial Institucio Alfons El Magnanim, 1989, p.23.

³⁸ Ludmila Da Silva Catela, “Lo que merece ser recordado. Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria”, *Clepsidra*, N°2, pp.28-47, 2014.

³⁹ Pierre Nora, *Introducciones a Les Lieux de Mémoire*. París, Gallimard, 1984.

acontecimientos en el presente. El foco está en ese devenir histórico y, de alguna manera, no atiende a una genealogía del presente, donde los sitios pueden estar siendo apropiados de manera singular, bajo otros parámetros sociales.

En cambio, un “territorio de memoria” se presenta como un soporte “físico” capaz de ser reapropiado por los actores del lugar, y como un soporte “simbólico”, atravesado por elementos no necesariamente materiales y cuya incidencia en la vida social es innegable. Los sentidos de lo ocurrido no se “cristalizan” en su materialidad, por el contrario, aparecen a través del contacto que la comunidad lleva adelante con estos espacios, lo que genera una permanente revisión de sus límites y de sus contenidos.

La construcción de historias afectivas. La temporalidad queer y los modos de pensar el pasado

A partir de estas consideraciones puede, entonces, concebirse la idea de un “archivo afectivo”. Éste intenta construir escenas de contacto a partir de la circulación de diversas formas de documentos, articuladas con otras dimensiones de carácter institucional, cultural y político. La construcción de estas escenas se asienta sobre diferentes procesos históricos y, dada su especificidad, se sedimenta en torno a diferentes experiencias sociales, y delimitan la construcción de sentidos posibles.

Asimismo, la conformación de este tipo de archivo se constituye a partir de patrones de temporalidad complejos. Heather Love⁴⁰ y Elizabeth Freeman⁴¹, ambas exponentes de la tendencia *queer* de la filosofía de la historia, desarrollan sus contribuciones en torno a la pregunta por cómo configurar una experiencia temporal con el pasado, que sea a la vez corporal y alternativa a los modelos de tiempo de la modernidad. Sus aportes buscan componer temporalidades híbridas, superpuestas, atravesadas por respuestas somáticas e incapaces de ser total ni racionalmente aprehendidas.

En este sentido, conciben la posibilidad de pensar “historias afectivas”, sostenidas en tiempos anacrónicos y retrospectivos, y corriéndose de las formas cronológicas de las grandes narrativas. La adopción de una actitud “afectivamente” historiográfica sobre los rastros del pasado promueve encuentros afectivos entre corporalidades históricamente marginadas y sexualidades y formas de apego disidentes, por fuera de las orquestaciones temporales “crononormativas”⁴² o de la historiografía instrumental moderna⁴³

⁴⁰ Heather Love, *Feeling Backward. Loss and the politics of queer history*. Cambridge, Harvard University Press, 2007.

⁴¹ Elizabeth Freeman, *Time Binds: queer temporalities, queer histories*. Durham y Londres, Duke University Press, 2010.

⁴² *Ibíd.*

Y eso lo hace a partir de dar curso a ligazones impensadas, motivadas por pulsiones del deseo, que evaden las regulaciones “hetero-crono-normativas”, asociadas a las nociones de secuencia, progreso y ciclo histórico. Estos encuentros anacrónicos e inesperados producen, como sugiere Dana Luciano⁴⁴, fisuras y heridas temporales a los modos cronológicos de la modernidad. Esas heridas del tiempo, presentes en los cuerpos, en los afectos y en las sexualidades relegadas de la visibilidad pública, pueden ser rastreadas a partir de una “retrospección *queer*”, atendiendo a generar nuevas construcciones de sentido sobre el pasado.

4. Conclusiones

A lo largo del presente trabajo, se han intentado precisar ciertas cuestiones epistemológicas y metodológicas en torno a la construcción de un “archivo afectivo”, atendiendo a recuperar diferentes aportes sobre esta cuestión y sus implicancias en la historiografía contemporánea.

Desde la perspectiva analizada, la práctica de quienes trabajan con/en los archivos remite a una forma de la experiencia en la cual las diferentes dimensiones -corporales, afectivas, racionales- intervienen como parte del proceso de investigación, ordenamiento e interpretación del material de trabajo. Así, de la mano de Steedman y Cvetkovich, en sus relecturas de Michelet y Marx, la operatoria archivística se asume integralmente y configura un tipo de producción hermenéutica que desborda la mera recopilación de documentos dispersos.

Las contribuciones de Derrida y de Farge habilitaron la creación de un camino posible para indagar en los elementos necesarios para la construcción de este tipo de archivo. A partir de Derrida, se planteó la tensión constitutiva de esta práctica, asociada a la “voracidad” de cualquier archivo por incorporar todo su universo y a las restricciones materiales que la misma operación supone en el proceso de su conformación. Asimismo, estos aportes permitieron complejizar la idea misma de documento a través de la consideración de otras formas de registro, como lo es, por ejemplo, la marca corporal (la circuncisión).

En una línea similar, las contribuciones de Arlette Farge posibilitaron la reflexión sobre la operación en el archivo, atendiendo a considerar la faceta sensible que emerge de la práctica de registro y escritura de la historia. La

⁴³ Heather Love, *Feeling Backward. Loss and the politics of queer history*. Cambridge, Harvard University Press, 2007.

⁴⁴ Dana Luciano, “Unrealized: the queer time of The Hermaphrodite” en *Philosophies of Sex*. Ohio, State University Press, 2012.

autora pareciera preguntarse: “¿Cómo no dejarse atravesar por esos actores marginados, cotidianos y desplazados de la historia dominante?”, aduciendo la relevancia emotiva del encuentro singular entre el/la historiador/a y sus sujetos de estudio. Farge recupera la dimensión háptica de la experiencia con las nóminas, las cartas y los documentos del archivo, a fin de restablecer la condición corporal -arcaica, en cierto modo- del acercamiento a las ruinas del pasado como elemento efectivamente constitutivo del trabajo historiográfico.

Estos elementos resultan fundamentales para reponer la discusión entre Cvetkovich y Ahmed en torno a la conformación de un archivo afectivo. La reconstrucción analítica de esta discusión cobra relevancia en el sentido de que permite revisar ciertas formas de asumir la dimensión afectiva en la exploración y comprensión de narrativas, experiencias e intervenciones socio-culturales contemporáneas. Partiendo de diferentes perspectivas, las autoras postulan la necesidad -planteada por Farge y Derrida- de complejizar la idea de documento y de pensar en otras modalidades de registros archivables. Así, las experiencias artísticas, las performances efímeras, las memorias desplazadas, los recuerdos, los rastros sobre el cuerpo y el espacio urbano o ciertos modos de etnografías y observaciones, pueden, en efecto, convertirse en documentos históricos. Ahmed pone el acento en considerar estas formas del archivo como zonas de contacto donde los afectos producen determinadas superficies de apropiación sobre los materiales -sean éstos tangibles o intangibles- y a partir de las cuales se desarrollan las construcciones de sentidos socio-históricos. A diferencia de Cvetkovich, la dimensión afectiva no se encuentra inscrita o “depositada” sobre el documento, sino que emerge de una determinada operación subjetiva, grupal o comunitaria que se hace en torno al registro. En esa emergencia, surge una particular forma de orientación hacia el documento que delimita el modo en que los sujetos o las comunidades se apropian de él.

Un “archivo afectivo” se constituye en el marco de procesos de rememoración cuyas escenas recuperan experiencias de memoria atravesadas por recuerdos dolorosos y/o de violencia pero también por recuerdos asociados al placer, a la contención, a la recreación y al divertimento. Estos entramados afectivos tensionan los relatos hegemónicos y producen operaciones hermenéuticas novedosas sobre los acontecimientos del pasado. Incorporan diferentes modalidades de documentación (formales, corporales y/o emotivas), se inscriben en temporalidades híbridas y se ven modulados sobre soportes tangibles e intangibles. Así, la conformación de este tipo de archivo afirma su carácter reparatorio y restituyente, en tanto permite recuperar la vitalidad de esas memorias, a fin de intervenir en la disputa de sentidos sociales sobre los marcos de legibilidad contemporáneos.

Bibliografía

- Ahmed, Sara. 2015. *La política cultural de las emociones*. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Barthes, Roland. [1953] (2004). *Michelet par lui-meme*. FCE: Colección Brevarios.
- Castro, Eduardo. 2004. *El vocabulario de Michel Foucault. Un recorrido alfabético por sus temas, conceptos y autores*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Crenzel, Emilio. 2014. *La Historia política del Nunca Más*. Bs As: Siglo XXI.
- Cvetkovich, Ann. 2003. *An Archive of Feelings: Trauma, Sexuality, and Lesbian Public Cultures*. Durham: Duke University Press Books.
- Da Silva Catela, Ludmila. 2014. "Lo que merece ser recordado. Conflictos y tensiones en torno a los proyectos públicos sobre los usos del pasado en los sitios de memoria", *Clepsidra*, N°2, pp.28-47.
- Derrida, Jacques. 1997. *Mal de archivo*. Madrid: Editorial Trotta.
- Didi-Huberman, Georges. 1997. *Lo que Vemos. Lo Que Nos Mira*. Buenos Aires: Manantial.
- Didi-Huberman, Georges. s/d. *Cuando las imágenes toman posición*. Madrid: A. Machado Libros
- Farge, Arlette. 1989. *La seducción del archivo*. Valencia: Editorial Institucio Alfons El Magnanim.
- Foucault, Michel. 1986. *La verdad y las formas jurídicas*. México D.F.: Gedisa.
- Freeman, Elizabeth. 2010. *Time Binds: queer temporalities, queer histories*. Durham y Londres: Duke University Press.
- Garbatzky, Irina. 2014. "El archivo como productor: el lugar del uso en El Deseo nace del derrumbe de Roberto Jacoby", *Anos 90*, v. 21, n°40, p. 311-331.
- Halberstram, Judith. 2005. *In queer time and Place. Transgender Bodies, Subcultural Lives*, New York: New York University Press.
- Love, Heather. 2007. *Feeling Backward. Loss and the politics of queer history*. Cambridge: Harvard University Press.
- Luciano, Dana. 2012. "Unrealized: the queer time of The Hermaphrodite" en *Philosophies of Sex*. Ohio: State University Press.
- Nora, Pierre. 2002. *Introducciones a Les Lieux de Mémoire*. París: Gallimard, 1984.
- Steedman, Carolyn. s/d. *Dust. The Archive and Cultural History*. New Jersey: Rutgers.